

## LA BALADA DE SANBORNS

A poco nunca te han plantado en Sanborns  
*plantado, mas danzante*  
 es lindo:  
 en la mesa catorce  
 la damita de la mascada  
 no puede mascar sin escupir  
 trivialidades.  
 En la mesa nueve  
 el del bigote ya se va:  
 Lo espera el sindicato de síndicos  
 de la comisión rectora  
 de su rechingada madre.  
 El mantel no huele a pólvora  
 pese a que alguien olvidó *La Jornada*.

Pides tu sopa de verdura,  
 “sin brócoli, por favor”.  
 Pides arrachera marinada bien cocida  
 –o comerás crudo Lévi-Strauss–,  
 pides salsa pico de gallo  
 para cacarear más totopos,  
 pides verdes soles metafísicos.  
 Y ante el rostro hierático  
 pides limones mientras explicas  
 sol en rebanadas acitrolumínicas.

Y ya puestos a pedir,  
 pides una ciudad con puerto,  
 un flan de la casa que no hay,  
 una bicicleta entre canales,  
 un tehuacán con hielos,  
 ninjas de vapores traslúcidos.

Y te traen la cuenta  
 que hay que pagar en caja:  
 “¿Lo atendieron bien, señor?”  
 Y con un do del altiplano replicas:  
 “Espléndido, bravo, perfecto.”

El SMS de tu Nokia aoso  
 es un epitafio sideral.  
 No tenemos nada de que hablar,  
 d q hablar d k avlar.

Y la soledad se instala en tu Talavera.  
 Te taladra el hipotálico tehuano,  
 activa la trompeta apocalíptica  
 de los osos de peluche chinos  
 del departamento de regalos.  
 (Prefiero mil veces Juguetilandia,  
 la Mercería del Refugio tiene  
 una mejor relación calidad-precio.)



Foto: Archivo Casasola

Ya de salida, ves revistas de moda  
 (la marquesita salió a las cinco,  
 Salma las tiene de opereta),  
 libros de autoayuda  
 (tendré más éxito que fortuna)  
 y tu signo zodiacal  
 (la destrucción creativa  
 de mi acuario babilónico  
 es un mono hiperquinético en Oriente);  
 tras pesarte,  
 mides tu índice de masa corporal  
 y asumes que la máquina está mal calibrada,  
 que tus huesos son muy anchos,  
 que la culpa es de la ancestral butifarra.  
 Slim es un filántropo al que le donas  
 otros cinco pesos para saber  
 tu presión arterial:  
 te asusta que tu mínima disatólica  
 ¿disatólica?, diastólica, pinche disléxico,  
 rebasa tu máxima sistólica ideal  
 (para utopías estoy yo).

En el baño, reservado a los clientes,  
 con la familia Casasola entre las rodillas,  
 le guiñas un ojo a un zapatista azorado  
 a punto de tomarse su atole 30-30  
 en el famoso *idem* de los azulejos  
 (*circa diciembre de 1914*). —

— RICARDO CAYUELA GALLY